

## Notas

### SOBRE EL «STATUS» RELATIVO DE LAS CIUDADES MAYAS

Algunos artículos recientes sobre las características y ordenación de los sitios arqueológicos mayas (Adams y Jones, 1981; Marcus, 1983) han vuelto a poner de relieve un problema con el que ya se enfrentó Morley muchos años atrás: ¿sobre qué bases objetivas puede abordarse una clasificación o tipología de los centros mayas? y, más concretamente, ¿cuál es la significación sociopolítica de las diferencias observadas entre unos centros y otros? Por supuesto que la primera pregunta elude las categorías geográficas, estilísticas o estrictamente formales en tanto en cuanto no parezcan sustantivas para resolver la segunda cuestión. La idea subyacente es que existen rasgos definidos por vía arqueológica que permiten establecer una jerarquía indicativa de la importancia política relativa de cada sitio en un momento dado de la historia prehispánica de la región.

Desde un principio esta investigación se vio entorpecida por un prejuicio que permanece vivo hasta hoy: las dimensiones superficiales de los asentamientos urbanos y el volumen de las construcciones son los testimonios más razonables del poder que detentaron en la antigüedad, y por ende de su prestigio y capacidad de dominación sobre otros centros menores. Algunos autores, sin embargo, recurrieron a tablas de ausencia o presencia de ciertos monumentos o elementos arquitectónicos, por ejemplo estelas o juegos de pelota, o bien optaron por una orientación cuantitativa: número de esculturas, cantidad de patios o plazas, medidas de las pirámides. Así surgieron las diversas listas de lugares principales y secundarios, que pre-suponían distintos niveles de integración y control en territorios delimitados de manera convencional. El enfoque de Joyce Marcus

(1976) era más original pues sugería, apoyado en los estudios de Berlín sobre el sentido y distribución de los glifos-emblema, que los símbolos gráficos de los sitios descollantes (que significaban unidades político-territoriales o nombres de las dinastías-linajes gobernantes) eran mencionados regularmente en las inscripciones de sus centros dependientes, pero no a la inversa. Todos los supuestos citados adolecen de escaso desarrollo teórico y deben ser sometidos a crítica, además resultan a veces contradictorios entre sí. Es evidente que el tamaño de una ciudad, como dato aislado, no la califica de sede de un poder central ni determina el carácter de la relación que mantiene con otros emplazamientos vecinos o lejanos. La historia antigua está llena de ejemplos al respecto, y sólo citaremos los casos de Tell el Amarna y Saís en Egipto, pero incluso en la actualidad la capitalidad de ciudades como Washington o Bonn no depende de la extensión que ocupan sus construcciones, de su densidad demográfica o de la calidad de sus componentes urbanos. Lo mismo puede afirmarse de la presencia o ausencia de ciertos rasgos, en principio indicadores de función o de actividades especializadas pero no de predominio político, al menos hasta que no se demuestren tales implicaciones vis a vis del significado particular de cada uno en contextos bien definidos. Absurdo sería afirmar el relevante papel administrativo de Heliópolis porque fue foco de una importante escuela teológica, o del Estado Vaticano hoy debido a que allí se encuentra el mayor templo de la cristiandad y hay una fuerte concentración de arte religioso. Por lo que toca a la hipótesis de Marcus, cabe toda una serie de factores que pueden explicar la distribución de las referencias glíficas sin que de ellos se deduzcan necesariamente relaciones de dominación: por ejemplo, pactos, alianzas, matrimonios, guerras, acuerdos comerciales, primitivas conexiones genealógicas, menciones religiosas o rituales (debidas quizá al prestigio de algunos enclaves sagrados, lugares de peregrinación o donde se llevaban a cabo ceremonias especiales), etc. Hasta que el desciframiento de los jeroglíficos no proporcione información más explícita sobre este asunto, la aparición esporádica de los símbolos de una ciudad en otra puede interpretarse de muy diferentes maneras.

Desde luego que entre los mayas la organización del poder es inseparable del auge de la ideología religiosa en donde encuentra sentido y legitimidad, y que la configuración del espacio en la ciudad es expresión de un sistema simbólico mediatizado —y hasta determinado— por los mitos y las creencias que constituyen la gramática de la cosmovisión, pero a efectos de expansión o conquista territorial, confines del dominio del estado, imposiciones económicas o cualquier clase de dependencia, las relaciones asimétricas entre los asentamientos tienen que ser justificadas de forma independiente en los

sectores de la cultura en que se manifiestan, considerando los mimetismos o las probables influencias religiosas como síntoma antes que prueba o desencadenante de la situación. Lo mismo habría que decir de la dirección preferente del intercambio de mujeres nobles o de la sumisión aparente a ciertas modas o prácticas emanadas presuntamente de un centro reconocido. Hasta que tales escrúpulos no prevalezcan en la indagación será imposible explicar las abundantes «anomalías» registradas: por ejemplo, el enorme número de estelas labradas de Naranjo respecto a Tikal, siendo así que el emblema de esta última ciudad aparece en la primera y no lo contrario; la carencia de monumentos esculpidos dinásticos de Lubaantún, cuando sus dimensiones son mayores que las de la vecina Pusilhá donde sí existen, etc.

Un ejemplo, todavía tímido, de la integración de hipótesis parciales en marcos más amplios, son los estudios de las relaciones de Bonampak y Yaxchilán (cf. Mathews, 1980; Adams y Aldrich, 1980). Sin duda este caso se ve favorecido por la riqueza de materiales iconográficos —relieves, pinturas murales— y glíficos, pero no es esa variedad de fuentes la que resuelve los problemas por sí misma, sino el uso adecuado de ellas y la ambición y rigor de los planteamientos previos. La naturaleza del papel político de Bonampak se conocerá únicamente cuando hayan avanzado las investigaciones de esta clase en toda la cuenca del Usumacinta. De igual manera habría que acometer la interpretación de los innegables lazos entre Palenque y El Tortuguero, Copán y Quiriguá, Tikal y Naranjo, procediendo desde situaciones simples y concretas (dos centros culturalmente o estilísticamente afines, coetáneos, próximos geográficamente, con fáciles comunicaciones, en semejante posición ecológica o en nichos complementarios, con abundante información arqueológica, artística y escrita) en las que hay fundadas sospechas de clientelismo o dominación, para después abordar el análisis de redes más complejas con múltiples niveles de interdependencia entre numerosos sitios. Tal vez así fuera posible identificar el ámbito territorial bajo control político directo de cada estado o ciudad-cabecera, las confederaciones o ligas entre estados autónomos, y sobre todo, las características de los procesos que condujeron a la cristalización de los poderes centrales o hegemónicos, y las peculiaridades de sus raíces étnicas, sociales y económicas.

Especulando sobre las diferencias de las ciudades clásicas mayas, se podrían enumerar en una primera aproximación las siguientes posibilidades:

1. Las ciudades de un área o circunscripción son políticamente independientes unas de otras, y sus rasgos arqueológicos obedecen

a las circunstancias de cada historia particular. Un ejemplo del Viejo Mundo son Corinto y Sición, en el Peloponeso, y de las tierras bajas Palenque y Yaxchilán.

2. Las ciudades son autónomas (poseen dinastías y gobiernos propios) pero algunas están sujetas a tributación u otro tipo de dependencia. En el cercano Oriente se pueden mencionar las ciudades fronterizas con Egipto, en el Mayab quizá Tikal y Uaxactún.

3. Un linaje real gobernante coloca o impone a alguno de sus miembros a la cabeza de sitios vecinos o lejanos —que pueden ser de nueva fundación—, existiendo posteriormente nexos de dependencia o alianza. Es el caso chino durante la época Shang, cuando las capitales estaban en Cheng-chou y An-yang; y seguramente el de Palenque y El Tortuguero. Aquí cobraría pleno sentido la distribución de los glifos-emblema.

4. Una ciudad conquista un territorio y somete a la población, designando delegados que gobiernan en nombre del rey del sitio principal. En tal situación parece lógica la ausencia de estelas labradas, a no ser que esos delegados sean miembros del linaje real (supuesto 3), o bien que lleguen a independizarse más tarde dando origen a otras dinastías (supuestos 1 y 2). En Mesopotamia uno de los muchos ejemplos se da cuando Uruk derrota a Kish; en las selvas mayas es posible que sea el caso de Tikal y Dos Pilas.

5. Un grupo de ciudades independientes forma una confederación, aceptando la dirección de una de ellas para determinados asuntos o actividades. En el Viejo Mundo se pueden citar las confederaciones aqueas del siglo XIII, la de Beocia o la de Crisa, o la presidida por los reyes de Micenas. En Yucatán parece que ésta fue una fórmula frecuente durante el Postclásico, aunque los arqueólogos tengan mucho que objetar a la famosa Liga de Mayapán.

Sea como fuere, dado el tipo de orden político y social generalmente admitido para la civilización maya del período Clásico Tardío, el modelo espacial más coherente debería incluir territorios de extensión variable (posiblemente de 100 a 3.000 kilómetros cuadrados o incluso mayores) controlados por un estado centralizado con sede en la ciudad principal, y órganos administrativos y de gobierno dispersos de manera continua en los sitios secundarios o subalternos (dirigidos por una especie de *batab* que, si pertenece a los linajes reales, ordenará la erección de estelas, cuyas inscripciones se supone que deben hacer mención de sus lazos de parentesco con el jefe de estado). Alianzas entre capitales, intercambio de mujeres de alto rango, con-

tiendas y otros factores, modificaron con frecuencia el mapa político-dinástico del país.

Dilucidar todos estos puntos exige el uso de enfoques integrados, metodologías comparativas y un esfuerzo imaginativo en la elaboración de las hipótesis pertinentes. Inicialmente es necesario identificar las construcciones y rasgos urbanísticos relacionados con las funciones y el ejercicio del poder, y establecer el sentido político de las inscripciones, estelas y otras esculturas, juegos de pelota, calzadas, ornamentación de los edificios, obras públicas, etc. Hay que buscar e interpretar las cláusulas jeroglíficas que describen las características de las unidades territoriales y de los lazos entre los distintos sitios, y plantear sistemáticamente las coincidencias entre orden político, organización social e ideología religiosa; por ejemplo, la iconología es sin duda la clave para delimitar la extensión de ciertos linajes reales, en virtud de los atributos sagrados (emblemas de los antepasados) propios de cada dinastía.

Sólo así, manejando cautelosamente multitud de variables pero con ambiciosos objetivos, pensamos que podrá avanzarse hacia la solución del espinoso problema del *status* relativo de los antiguos asentamientos mayas.

#### BIBLIOGRAFIA

ADAMS, R. E. W., y Robert C. ALDRICH:

- 1980 A Reevaluation of the Bonampak Murals: A Preliminary Statement on the Paintings and Texts. *Third Palenque Round Table*, vol. V, part 2, pp. 45-59, University of Texas Press.

ADAMS, R. E. W., y Richard C. JONES:

- 1981 Spatial Patterns and Regional Growth Among Classic Maya Cities. *American Antiquity*, 46: 301-322.

MARCUS, Joyce:

- 1976 *Emblem and State in the Classic Maya Lowlands: An Epigraphic Approach to Territorial Organization*. Dumbarton Oaks, Washington.  
1983 Lowland Maya Archaeology at the Crossroads. *American Antiquity*, 48: 454-488.

MATHEWS, Peter:

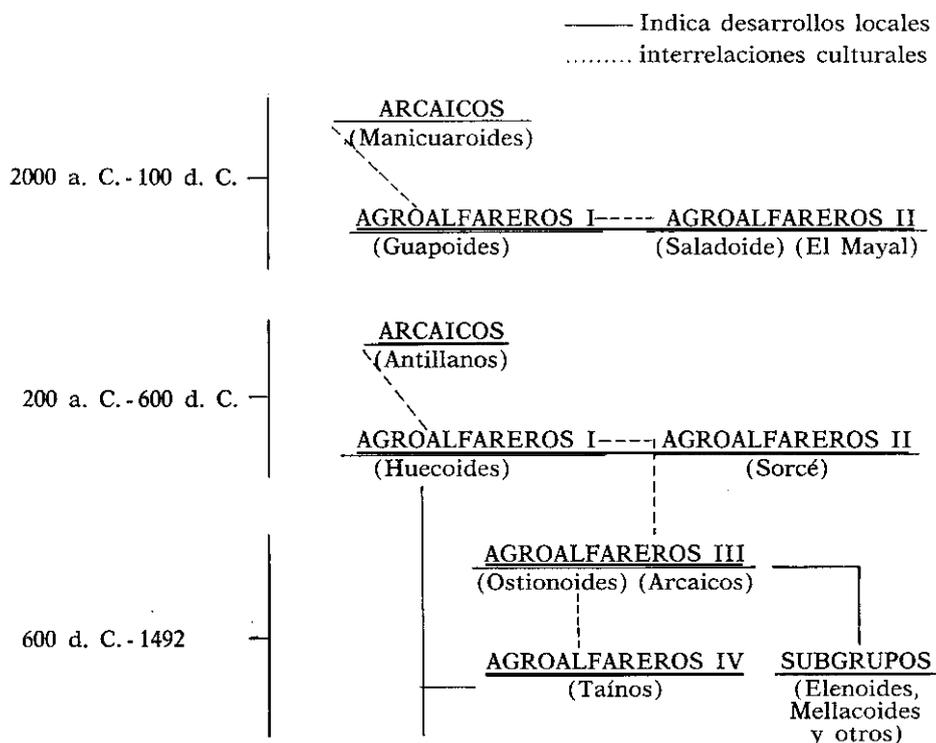
- 1980 Notes on the Dynastic Sequence of Bonampak, Part 1. *Third Palenque Round Table*, vol. V, part. 2, pp. 60-73, University of Texas Press.

Miguel RIVERA DORADO

## UNA NUEVA MIGRACIÓN AGROALFARERA A LAS ANTILLAS

Desde 1975 el Centro de Investigaciones Arqueológicas de la Universidad de Río Piedras, Puerto Rico, viene realizando tareas en la Isla de Vieques, situada en las Antillas Menores. Dichas excavaciones se llevan a cabo bajo la dirección del arqueólogo L. Chanlatte Baik, ayudado por Yvonne Narganes. Con ambos tuve la oportunidad de trabajar y conversar, durante mi estancia en el sitio, acerca del conjunto arqueológico denominado La Hueca-Sorcé, lugar que encierra gran importancia para la arqueología caribeña. El interés de este sitio radica en la confirmación de dos migraciones alfareras al Caribe insular desde el continente suramericano.

De esta forma Chanlatte traza en sus trabajos el siguiente esquema:



En el amplio período cronológico indicado en el cuadro se puede leer la llegada a la costa venezolana procedentes de la parte oriental del país, de grupos que serán los protagonistas de las migraciones

al Caribe. Estos sufrirán un cambio ambiental por el cual, pasan de un medio fluvial y tropical a una situación medioambiental costera, produciéndose importantes variaciones en su dieta. Este cambio les permitirá moverse con fluidez por ecosistemas semejantes. Es también, en este momento de su llegada cuando ocurren las primeras comunicaciones entre precerámicos y agroalfareros.

En el segundo grupo aparecen de nuevo los pueblos que protagonizarán las migraciones. Los primeros que inician los desplazamientos por el mar Caribe son precisamente los precerámicos seguidos de agroalfareros I o huecoides; siendo los últimos en desplazarse el grupo identificado en el sitio de Sorcé que pertenecen al grupo denominado igneri. Estos últimos se asentarán en lugares próximos a los agroalfareros I.

El tercer grupo del esquema, lo forman: desarrollos locales y procesos culturales obtenidos por estas comunidades ya trasladadas al ámbito antillano. Los denominados agroalfareros III y IV son producto de una continuidad establecida desde los agroalfareros I o huecoides, y más tardíamente se podrá detectar en sus manifestaciones culturales rasgos procedentes del grupo agroalfareros II o igneris.

A partir de aquí comienza una evolución socioartística propia que se ve reflejada en las numerosas muestras obtenidas por la arqueología, aunque resulta obvia la existencia de una tradición que se mantiene a pesar de las variantes autóctonas, y que se manifiesta en los trabajos lapidarios de concha, así como una evolución que va más allá de la técnica y que tiene un carácter sociocultural que originará situaciones políticas, ceremoniales y artísticas de alto valor, hecho evidenciado de manera clara en los desarrollos alcanzados en las Antillas Mayores.

Las investigaciones de Chanlatte mantienen que los agroalfareros IV, «más que desarrollo constituyen una etapa en la que ocurren transformaciones en las estructuras socioculturales de los agroalfareros I, las cuales se van a reflejar significativamente en su organización política, en su ceremonialismo y en su producción artesanal doméstica y de uso corporal» (Chanlatte, 1983).

Puestos al corriente de los acontecimientos migratorios y ocupacionales, pasemos a examinar con la brevedad que permite esta nota la importancia del grupo agroalfarero I, que es al parecer, el que introduce las variantes en las investigaciones antillanistas.

Durante la campaña de 1981 en La Hueca-Sorcé, Chanlatte localizó seis depósitos residuales de viviendas con características definidas para el agroalfarero I, dispuestas en arco y limitadas en sus dos extremos por las márgenes del río Urbano. De este hallazgo, se había dado cuenta en el VIII Congreso de las Antillas Menores, celebrado en 1979 en San Kitts al presentarse el descubrimiento de una nueva

cultura agroalfarera en el Caribe, localizada al SO. de Vieques. Las bases que permitían y permiten reforzar esta tesis son los resultados arqueológicos obtenidos hasta ahora; dichos resultados se traducen a nuevas formas de asentamiento, explicadas en nuevas maneras de cerámica, ornamentaciones y una gran riqueza en el tallado de piedras semipreciosas hasta ahora desconocida en el medio antillano.

Las características que presenta el material dentro de los objetos realizados en cerámica son: asas tabulares y figurativas zoomorfas asomando sobre una depresión en el borde de la vasija, diseños entrecruzados incisos en fino rayado y rellenos de pasta blanca, vasijas para aspirar, con doble apéndice tabular perforadas longitudinalmente. La técnica con que están realizadas es de pastillaje o enrollado; el moldeado y acabado es burdo, la cochura presenta frecuentemente indicios de atmósfera reductora, el tamaño de los desgrasantes es variable. Merece la pena destacar dentro de la producción cerámica, la abundancia de burenes, indicadores de la fabricación de tortas de cazabe con la particularidad de que en su parte inferior presentan huellas de cestería y tejido. Este último elemento, constituyen un particularismo en el mundo antillano y poseen gran interés por permitir conocer los distintos diseños cesteros y de tejido que realizaron los huecoides.

Otra premisa que apoya la tesis de Chanlatte, y que pone de manifiesto las diferencias sustanciales y formales entre los agroalfareros I y II, es la abundancia de restos de carey, y demás tortugas; así como el manatí, en la dieta de los AGRO II, siendo nula la aparición de estos restos en los yacimientos AGRO I. Parece ser que existieron tabúes acerca del consumo de ciertas especies que no sólo se reducen a las especies mencionadas, sino que incluyen al *strombus gigas* y la hutía principalmente. Se señala la importancia del hecho, ya que de todos es conocida la importancia que tenían en la alimentación de las restantes poblaciones agroalfareras del Caribe las especies mencionadas.

Por último, señalaremos otro argumento que hace cada vez más firme la postura mantenida por Chanlatte, nos referimos a los amuletos líticos. El grupo agroalfarero I desarrolló una importante, y a nuestros ojos, llamativa industria lapidaria con representaciones antropomorfas, ornitomorfas, zoomorfas y antropozoomorfas. Dicha industria cuenta con una materia prima variada que incluye la amatista, ágata, turquesa, topacio, malaquita, peridotita, cuarzo, ónice, jadeíta, serpentinita, nefrita y diorita. Con esta base material elaboran formas que van desde la sencillez de láminas discoidales, simples o dentadas, a complicadas representaciones de aves, batracios, queolios, coleópteros, etc., sin olvidar las cuentas con formas y tamaños tan variados que ponen de manifiesto la destreza de este grupo. No

obstante el tipo que Chanlatte llama amuleto-bimorfo, cuyo cuerpo principal está constituido por un ave de rapiña, identificado por el arqueólogo como un cóndor andino (*Vultur gryphus*) que lleva cogido por las garras una cabeza humana. Sin duda nos parece la representación más interesante de todas las que aparecen en La Hueca. Chanlatte interpreta esta pieza como una vinculación al sector andino, ya que las figuras bimorfas parecen querer representar la idea del culto a la CABEZA-TROFEO (el cu), esta creencia se expande por toda Centroamérica y Costa Rica. Textualmente Chanlatte dice: «Es lógico pensar que si el cóndor con cresta protuberante es nativo de los Andes, tal como el representado por la gente de La Hueca, entonces éstos proceden de algún lugar de la extensa cordillera andina» (Chanlatte, 1983, 78).

Debemos aclarar que el número de amuletos bimorfos aparecidos en La Hueca alcanza ya el número de 37, y que no todos se han hallado acabados totalmente, sino que se han encontrado en estados diferentes, de esbozo, tallados a medias, y totalmente tallados, apareciendo asimismo lascas de material que parecen situarlos en su propio taller de elaboración.

Por último, cuestionado Chanlatte acerca de la procedencia de la materia prima, nos aclaró que en la geología de las Antillas no están registradas materias tales como el topacio, malaquita, y otras de las piedras semipreciosas utilizadas, con lo cual apuntaba la posibilidad de que el material hubiese sido traído en las embarcaciones como elemento precioso para la elaboración de sus amuletos.

Para concluir esta breve nota, consideramos el sitio como definitivo para esclarecer muchos enigmas investigativos que aún mantienen a la arqueología de este área en los albores de su conocimiento. Asimismo con este escrito pretendemos despertar el interés de quienes se dedican a zonas americanas, y que por unas razones u otras han ignorado a estas poblaciones que fueron quienes primero entraron en contacto con la cultura europea.—Araceli SÁNCHEZ GARRIDO.

#### SOBRE EL SEMINARIO DE CULTURA TAÍNA DE MADRID

En los días 12 y 13 de abril de 1983, se realizó, bajo los auspicios del Instituto de Cooperación Iberoamericana, un seminario sobre «La situación de la investigación de la cultura taína» en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Por tal motivo se contó con la presencia de especialistas en temas antillanos, procedentes de distintos lugares de América.

El planteamiento del seminario siguió una línea tradicional. Las primeras ponencias acerca de los orígenes y definición de la cultura taína, fueron expuestas por los Sres. Gus Pantel y Veloz Maggiolo, de Puerto Rico y República Dominicana respectivamente. Las rutas migratorias, la difusión y los orígenes sociales fueron tratados a la luz de dos tendencias interpretativas bien diferenciadas; por un lado el profesor I. Rouse de la Universidad de Yale, por otro el profesor Sanoja, de la Universidad Central de Venezuela, quien aportó una interesante relación de evolución remontándose a Kotosh, asimismo estableció similitudes estilísticas con Valdivia, Monagrillo, Puerto Hormiga, Barrancas y Mabaruma. Estas sociedades parecen expresar un estilo inciso/punteado muy semejante al aparecido en las áreas de cultura taína.

Los aspectos etnológicos de la cultura taína comenzaron con la charla del profesor Arrom, de Hamden, Conn, USA. Expuso su método de trabajo basado en la lingüística como forma de conocimiento e interpretación de la mitología taína. La línea de Arrom es la comenzada en 1975, año de la publicación de su obra sobre mitología y artes prehispánicas de las Antillas.

Con el tema «La cultura taína como sociedad en transición entre los niveles tribal y jefaturas», Alcina Franch, de la Universidad Complutense de Madrid, trató de establecer el nivel político de este pueblo que, según su propuesta «parece hallarse más cerca del nivel tribal que de lo que hasta ahora venían siendo conocido como el nivel de jefatura o señoríos», así mismo, «...hay que pensar en la necesidad de definir un tipo de sociedad o nivel de desarrollo sociocultural de carácter transicional entre las tribus o jefaturas propiamente dichas...». Este aspecto reseñado por el Dr. Alcina es totalmente nuevo en los estudios antillanistas y sin duda uno de los aspectos más interesantes de los ofrecidos por este seminario.

El Sr. Esteban Deive de la República Dominicana trató el chamanismo taíno basándose en el texto de Pané.

Los aspectos ecológicos y de adaptación humana estuvieron a cargo de la profesora Wing de la Universidad de Florida, USA, disertó sobre la obtención de recursos marinos, poniendo de manifiesto las formas de utilización primaria de especies encontradas en el hábitat más cercano a los sitios arqueológicos.

El arte y su relación con la mitología estuvo representado por la ponencia del Sr. García Arévalo, de la República Dominicana. «El murciélago en la mitología y el arte taíno» parece aclarar el enigma que habían suscitado las abundantes cabecitas hasta ahora conocidas como «monkey face». García Arévalo aclara que tales representaciones se refieren a murciélagos, para sustentar su teoría argumenta

el texto de Pané y datos ofrecidos por investigadores del campo de la zoología.

El período indo-hispánico se incluye en este seminario bajo aspectos tales como el defendido por D. Ricardo Alegría, de Puerto Rico, sobre «La cultura de los indios taínos de las Antillas Mayores en la documentación etno-histórica», tratando lo recogido por cronistas, así como la incidencia que el conocimiento de estas nuevas tierras en los ámbitos intelectuales de la Europa renacentista. El Padre Arnáiz, de la República Dominicana, examinó «El mundo religioso taíno visto por la fe católica española», apuntando que «el empeño evangelizador del Nuevo Mundo descubierto estaba claro, acuciante y reclamador en la mente y corazón de los Reyes Católicos».

La antropología física tuvo como representante a Rivero de la Calle, del Museo Montané de La Habana, quien expuso brillantemente el tema «Antropología física de los taínos», así como puso en conocimiento del auditorio el estado actual de las investigaciones de esta área en Cuba. El otro expositor de esta materia fue el Sr. Luna Calderón, de la República Dominicana, quien planteó la «Paleopatología de los grupos taínos de la Hispaniola», explicando las enfermedades que mayor importancia tuvieron entre los taínos siendo las anemias, infecciones y las alteraciones osteoarticulares; llamó la atención sobre la escasez de traumatismo, aludiendo a que «los taínos eran sedentarios y tenían menor movilidad que los grupos pre-agricultores donde las fracturas ocupan un lugar preponderante».

Tras esta última ponencia se expusieron las conclusiones de este seminario, las cuales pusieron de manifiesto los avances en el estudio de la cultura taína, aunque sería necesario continuar las investigaciones con la finalidad de alcanzar un mayor conocimiento de dicha cultura.—Araceli SÁNCHEZ GARRIDO.

#### RAFAEL RAMOS

El primer recuerdo sobre Rafael Ramos que acude a mi mente es el de una persona que abre la puerta del Laboratorio de Arqueología del Departamento de Antropología y Etnología de América y con sorna se dirige a unos cuantos diciendo: «friega-tiestos», «pucherólogos» y otros calificativos que definían nuestra ilusión por la Arqueología, aunque sea en las tareas más arduas y pesadas como lavar la cerámica. Por aquel entonces, curso 1975-76, Rafael es una persona que, a pesar de no haber terminado la especialidad, ya había definido sus intereses en el campo de la Etnología.

Al año siguiente, julio de 1977, la Misión Científica Española inicia sus trabajos de campo en el altiplano oeste de Guatemala y un

grupo de personas relacionadas con la Arqueología, Etno-historia y Etnología se traslada a esta interesante república para iniciar un amplio y ambicioso proyecto que, por desgracia, se vio bruscamente quebrado por el triste suceso de la quema de la Embajada Española en enero de 1980. Este hecho condicionó la vida de la Misión Científica Española y la de sus miembros, entre los cuales ya se encontraba Rafael Ramos.

Su incorporación efectiva al proyecto se produjo en julio de 1978 pero, curiosamente y aunque existía un equipo que se encargaba de las investigaciones de Etnología, alistado al grupo de arqueólogos; hecho que obedecía más a cuestiones logísticas que a planteamientos personales de Rafael. Una vez en Guatemala, nos comentaba repetidas veces su intención de cumplir las tareas que se le habían encomendado en Arqueología (finalizada la segunda temporada de excavación en Las Victorias, se trataba de analizar los materiales conseguidos), pero no ocultaba en ningún momento su ilusión por efectuar pequeñas escaramuzas en Etnología y, a partir de ellas, especializarse en este tipo de estudios. Sin embargo, su participación en la excavación de Las Victorias y la responsabilidad sobre una determinada parte del material obtenido, comenzaron a hacerle cambiar la idea, hasta el punto de que confeccionó su Tesis de Licenciatura sobre «La industria de la Obsidiana en Salcajá, Guatemala», que fue presentada en la Universidad Complutense de Madrid en 1980.

La intención de los responsables del proyecto, y la suya propia, era su reincorporación a los trabajos de campo que se habrían de llevar a cabo en el altiplano oeste durante la temporada 1980-81, y le deberían proporcionar material suficiente para su Tesis Doctoral. Pero el azar alteró todos estos planes y con la destrucción de la Embajada quedaron paralizados los trabajos de la Misión.

Este hecho obligó a Rafael a replantearse su futuro y decidió solicitar becas y ayudas para continuar sus estudios en alguna de las universidades más prestigiosas de los Estados Unidos, esta vez totalmente comprometido con la arqueología americana. Después de conseguir la beca Fullbright (concedida por un año prorrogable a dos) se decidió por el Departamento de Antropología, MARI, de la Universidad de Tulane (Nueva Orleans), al que llegó a comienzos de 1981. Su idea era realizar una serie de estudios de post-graduado hasta culminar con la confección de su tesis. Así pues, el planteamiento inicial era cumplir cuatro semestres —cada uno de cuatro asignaturas— y, al final de ellos comenzar una investigación. Indios de América del Sur; Prehistoria del altiplano mexicano, Naturaleza humana, Análisis arqueológico, Evolución humana, Lingüística; Matemáticas en antropología, El hombre en el Pleistoceno, Antropología cultural, Análisis lingüístico, Civilizaciones olmeca y maya, Teoría y métodos arqueoló-

gicos, Análisis cuantitativos y programación en Arqueología y Epigrafía y Desciframiento de los jeroglíficos mayas, fueron los cursos recibidos.

Naturalmente, las becas Fullbright servían para pagar las costosísimas matrículas de Tulane y el alquiler de apartamento, pero la vida de Rafael y su mujer, Fuencisla, no era del todo boyante, por lo que procuró, y en cierta medida consiguió, completar este estipendio con trabajos o ayudas procedentes de instituciones estadounidenses, lo cual, además, abultaba su denso curriculum de investigador desde que comenzara a gestarlo a principios de 1981. El primer trabajo consistió en la colocación y archivo de libros en la biblioteca del Latin American Studies Institute, experiencia que posteriormente le fue muy útil para obtener en 1982 una beca concedida entre este Instituto y la Thinker Foundation.

Esta beca permitió su traslado a Mérida, Yucatán, para analizar los repertorios de implementos de obsidiana del noroeste del Yucatán, entre junio y julio de 1982. Esta misma ayuda le sería renovada a comienzos de 1983. Sin embargo, el tronco central de la ayuda para su estancia en los Estados Unidos finalizaba con el año 1982, y la continuación de sus estudios de postgraduado y, sobre todo, la confección de su Tesis Doctoral, se ven comprometidos. Pero es más fuerte su convicción de especializarse en Arqueología que tales inconvenientes y obtiene del MARI el encargo de catalogar los ricos y variados fondos y ficheros de su archivo fotográfico, y perfeccionar el ya viejo sistema que habían iniciado Frans Blom y Robert Wauchope. Además, colabora como intérprete en el Federal Public Attorney, que tiene como fin el defender a los latinoamericanos en pleitos con la justicia.

Para este momento, Rafael ya ha visto confirmado uno de sus principales deseos y premiados todos los esfuerzos que había derrochado desde enero de 1981: formar parte del proyecto de investigación sobre patrones de asentamiento en Sayil, que dirige el Dr. Sabloff. Por fin, tras más de dos años de especialización, logra incluirse en un proyecto arqueológico de primera línea y comienza a ver el final de una etapa de continuos esfuerzos, pero una vez más el azar va a quebrar —como ya lo había hecho en enero de 1980— sus ilusiones, va a invalidar sus desvelos, y aún con peor fortuna para él: después de su traslado a Mérida el 12 de mayo de 1983 y a Sayil el 14 de este mismo mes sufre, tras una fuerte intoxicación, un grave proceso de deshidratación lo que, tras numerosos intentos de los especialistas, desemboca fatalmente en su muerte a comienzos de julio de 1983.

Atrás quedaban sus chanzas por los «pucherólogos», su pasión inicial por la Etnología, su paulatino acercamiento a la Arqueología, su definitiva consagración en la disciplina arqueológica tras su paso por el MARI y, entre medias de todo este proceso, multitud de inquietu-

des y dudas sobre su futuro profesional, sobre la compensación que tanto esfuerzo habría de tener, y una firmeza acerca de que ese compromiso profesional habría de desarrollarse en España, a pesar de ser consciente de que precisamente aquí era donde todo habría de ser más incierto. Pero también quedan una serie de trabajos, unos publicados como «La industria de la obsidiana en Salcajá», *Revista Española de Antropología Americana*, Vol. XI: 9-18. Madrid, 1981; o un artículo sobre Agricultura de Tala y Roza que habría de publicarse en *Human Mosaic*, perteneciente al MARI. Otros, que pronto verán la luz y versan sobre «La industria y el comercio de la obsidiana en el altiplano central mexicano»; «Análisis morfológico y espacial de la ciudadela de Chan Chan» y «Demografía histórica y difusión de epidemias en el norte de Florida».

En definitiva, una corta pero densa y fructífera vida a la que hoy uno de los que en 1975 estaban lavando, siglando o pegando fragmentos de cerámica en el laboratorio del Departamento de Antropología y Etnología de América, quiere rendir un pequeño homenaje desde la admiración y la amistad.—Andrés CIUDAD RUIZ.